

nosotros, Salinas. Escriben comedias ingeniosas, con talento, pero les falta naturalidad, emoción».

«El trío Shaw, Wells y Chesterton, poco tiene ya de interés. Wells es el peor y el más pesado. Era un periodista barato y hoy le creo del todo caído».

Antes de terminar este breviarío del pensamiento juanramoniano en relación con el mundo de social amistad para con sus compañeros, creo de interés insertar algunas opiniones del poeta de Moguer sobre Unamuno y su poesía.

«En el verso libre de Unamuno, quien influye es Carducci y no Whitman como se ha dicho. Todas esas divagaciones sobre el versículo son tonterías. También influyó Leopardi sobre Unamuno: dos poemas de aquél parecen de Unamuno: *Fiesta en la Aldea* y *El infinito*».

«He señalado a los poetas el litoral como precursores de la poesía moderna. Esos eran los poetas que gustaban a Unamuno: los dialectales catalanes y portugueses. Casi toda la generación del 98 viene del litoral y son hombres enamorados de las regiones: Azorín, de Valencia; Machado, de Triana y Portugal; yo mismo, de Moguer... Son problemas importantes, descuidados. He pasado la vida pensando en ello. La exaltación de la meseta y de los castellanos es obra de la periferia». (Visto de idéntica manera este problema, siento los principios de ensayo escrito, en contraposición al 98 de Laín Entralgo, en el que afirmó que la versión y visión de Castilla por estos hombres es irreal).

«Giner es de Ronda; Clarín, de Oviedo (nacido en Zamora); Costa, aragonés; Pi y Margall, catalán; Galdós, canario; Madrid da un Benavente que nada tiene que ver

con Castilla». (Cuando Benavente escribe de Castilla, se va de Madrid, que no lo es). El castellano auténtico es Unamuno.

* * *

«Unamuno no es un místico. Es teólogo más que místico. *El Cristo de Velázquez*, es un libro mitológico, porque los mitos están llenos de dioses; la teología y la mitología se parecen. Yo hablé mucho con Unamuno. Un día a propósito de *El Cristo de Velázquez*, yo le dije: —Esto es mitología, don Miguel. Y él me contestó inmediatamente: —¡Claro, hombre! ¡Naturalmente!».

«El *Cristo* mitológico de Unamuno es un libro clave. Hay en él mucho de Fray Luis, que era judío y pelirrojo, y también mitológico».

«Fray Luis y Unamuno tenían mucho de profano. *Los Nombres de Cristo* y *El Cristo de Velázquez*, pueden compararse porque vienen del mismo origen. Ahora incluso se quiere demostrar que los vascos son judíos... En Unamuno siempre vi algo hebreo, y de ahí su tendencia herética».

«Era hombre de sensualidad dura. Recuerdo algo que me ocurrió yendo con él, hace muchos años. Caminábamos por la calle de Alcalá, en Madrid, y pasó a nuestro lado una gitana desgredada, sucia, guapa: —Si alguna vez yo fuera infiel a mi mujer —me dijo—, sería con una gitana como esa».

Curiosas radiografías síquicas, ¿verdad?... incluso la del comentarista.—F.

EL DIALECTO DE LA CULTURA

(OPINIONES DE UN HOMBRE DE LA CALLE)

No es raro que a muchos de los que nos gusta leer en periódicos y revistas todo aquello que por su título promete interés de cualquier clase, nos veamos obligados a abandonar por agotamiento apenas iniciado el primer round con la letra impresa. Y digo por agotamiento, porque dado que lo que nos quieren decir o al menos lo que nosotros intuimos que se va a tratar, deseamos verdaderamente gustar las mieles de aquel plato literario y hacemos un esfuerzo por seguir adelante. Pero en seguida nos convencemos de que están verdes. Se presiente la existencia de alguna o varias ideas debajo de aquellas letras, pero una montaña de hojarasca retórica impide llegar a tan preciados frutos. A fuerza de tenaces, uno se empeña en desentrañar aquello y, generalmente, lo logra, pero a costa de releerlo cuatro o cinco veces; y a la postre no se queda uno muy satisfecho del todo pensando en su interior: «Debe querer decir esto»; aunque añadamos subscónticamente que lo mejor hubiera sido haberlo dicho.

Nadie niega que el manejo de un idioma es una cosa muy bella, como es muy bonito el contemplar las brillantes cualidades de un actor, pero ni el idioma ni la interpretación tienen valor sin contenido ideológico. La idea es lo esencial y lo que atrae al lector, lo que le trasmite la emoción literaria del que escribe. Y, además, que cuando un pensamiento es bello, ingenioso, profundo o humano, puede decirse que hasta le estorba el excesivo ropaje literario. Así lo entendieron muchos genios de la literatura que incluso hicieron alarde de ello, como el mismo Bécquer, que sólo vistió a sus rimas con los hábitos necesarios «para que pudieran ir por el mundo sin avergonzarse».

Yo me imagino que debe serle verdaderamente difícil, a un escritor de oficio, dar a la luz ideas o pensamientos nuevos cada vez que se pone a escribir; aunque no sé por qué han de buscarse ideas nuevas que decir. Lo más natural es que, siendo el hombre el mismo desde el tiempo de los Faraones, diga poco más o menos las mismas cosas; aunque siempre cabrá una causa circunstancial que las haga interesantes de conocer. (Y esta idea no es mía sino de Goethe, que dijo aproximadamente que «todo cuanto ha de decirse ya se ha dicho en alguna ocasión, pero siempre cabe el expresarlo con el sello de lo personal y el matiz de lo circunstancial»). Por tanto, no parece haber gran justificación en oscurecer las ideas con un exagerado derroche de palabras, si además se tiene en cuenta que va ello en perjuicio del propio escritor, que reduce de este modo el campo de sus lectores.

Claro que a veces tiene una justificación este oscuratismo. Y es el cubrir la pobreza de las ideas. El escritor poco brillante de imaginación siempre pensará que entre aquella confusión alguien saldrá diciendo que es un genio, adivinando aseveraciones que es fácil no soñara siquiera el propio autor. Y no sin razón lo pensará, si echa un vistazo a su ambiente actual donde para cada manifestación de arte a cual más extravagante surge una numerosa caterva de adoradores que elevan jubilosos cantos de loa al nuevo genio. A mi abuelo, infatigable lector, siempre le oí decir que el que escribe cosas confusas es porque también tiene las ideas confusas en su cabeza. Y a mí no me cabe la menor duda.

Hay, sin embargo, un sector de gran talla que a veces tampoco es claro en sus escritos. Es el sector erudito. Pero éste está mucho más justificado. Cuando

un cerebro ha llegado a fuerza de leer y estudiar al conocimiento de una vasta serie de noticias de todo género, y ha mejorado diariamente el peculiar lenguaje del especialista, le es verdaderamente difícil expresarse sin que broten todos sus pensamientos envueltos en el difícil lenguaje que él ha manejado como el ABC. Pero este lenguaje no es apto, generalmente, para el público a quienes se supone dirige sus escritos. Esta dificultad es la misma que encuentra el profesor matemático que después de varios años de esfuerzo y de manejar hiperespacios geométricos y funciones complejas, ha de descender a explicar cómo se reducen fracciones a común denominador.

Dificultad es, desde luego, pero salvable. Basta ponerse en cunclillas —como dijo un conocido pedagogo— para estar a la altura del niño, o del lector en el otro caso.

Desazona pensar que algunos escritores escriban sometiéndose a la tortura de un detenido análisis de sus artículos si quieren seguir el hilo de sus enmascaradas ideas.

Siempre que se lee un artículo del Dr. Marañón, Pérez de Ayala, Kindelán, Camba, etc., se siente uno reconfortado y hasta halagado pensando que estas grandes figuras escriben para tí y te cuentan sus pensamientos para que goces con ellos y conozcas su visión de las cosas, hablándote en su lenguaje sencillo y llano, pero hermoso de ideas y consideraciones. Y no te excluyen de su mundo como algunos otros que parecen pensar que lo sencillo es sinónimo de lo plebeyo, malogrando de este modo al no lograr ninguna sintonía espiritual con nosotros, que alabemos su persona tanto como alabamos su sabiduría.

GONZALO PAYO SUBIZA